

La libertad de imprenta es la
santa descubridora de los in-
justicias; y nada hay perdido en
tanto que ella subsista.

Chateaubriand.

LA SANCION

Gutenberg, sin saberlo el
artífice de un nuevo mundo...
Cada letra del alfabeto que sale
de sus manos, encerraba en sí
más fuerza que los ejércitos de
los monarcas y que los rayos de
los pontífices.

Lamartine.

BISEMANARIO DE POLITICA Y LITERATURA

SE PUBLICA LOS MIERCOLES Y SABADOS

SUSCRIPCIONES

(paga adelantado)

Por cada serie de 8 números á domicilio... \$7. 0,30
En las agencias se vende cada número
resultado del día á 0,05
Remitidos y avisos, precios convencionales.

OFICINA CENTRAL

Imprenta de "El Pichincha"

AGENCIAS EN QUITO

En los establecimientos de los Sres. Francisco
Zambrano (portal del Arzobispo), Ramón F. Moya
(calle de Escribanos) y en la imprenta "La No-
vedad" (calle del Correo).

AÑO III

Quito, Ecuador, Noviembre 29 de 1899

Núm. 226

POR JUAN MONTALVO

Hace algunos días que el Pala-
cio de la Exposición Nacional de
Guayaquil, llevado á feliz término
por la Filantropía, abrió sus salo-
nes al público con mucho aparato
y pompa.

No queremos detenernos en ha-
cer un bosquejo, por ligero que
sea, de la utilidad inmensa que
reportan las exposiciones; y sólo,
evadido un apuro forzoso y á la
sociedad iniciadora de la gran fies-
ta, por su laudable comportamiento,
enumeramos nuestra pluma al
punto en el cual queremos recomen-
tar nuestras ideas.

Nótese que la Filantropía nos
pidió á la Academia Ecuatoriana
abriesse dictamen acerca de las do-
mejores obras literarias publica-
das en los últimos ocho años; obras,
se entiende, de escritores naciona-
les; se trataba de discernir el pri-
mero y segundo premio, según su
mérito, á las que fueren elegidas.

Ello se hizo; y hé aquí, pues,
que en el programa de la inaugu-
ración, solemnemente de la dicha ex-
posición, encontramos lo siguiente:

"A—Medalla de oro, primer pre-
mio, y medalla de plata, segundo pre-
mio, para las dos mejores obras litera-
rias que, á juicio de la Academia
Ecuatoriana, se hubieren publicado
en los últimos ocho años. Concedido
el primero al Ilmo. Sr. Dr. Federico
González Suárez, por su obra "His-
toria General del Ecuador", y el se-
gundo á la obra póstuma de D. Juan
Montalvo, "Capítulos que se le olvi-
daron á Cervantes", premio que será
entregado á la Municipalidad de Am-
bato, ó á su representante, para que
se conserve como un homenaje al mé-
rito del ilustre escritor ambatoño."

Una y otra obra, á nuestro mo-
destísimo parecer, son de gran
importancia; una y otra consti-
yen justo orgullo de las letras
ecuatorianas.

La Historia del Sr. González
Suárez, trabajo científico de suma
utilidad práctica, de estilo conciso
al mismo tiempo que sencillo y
claro, es apreciada de todos los

compatriotas del autor y aun de
muchos estudiosos que desean co-
nocer la vida y origen de nuestro
pueblo. Quién niega mérito á la
obra del sabio y venerable Obis-
po! No habrá tal insensato. En
el ramo á que ella pertenece, sino
perfecta, es buena y tiene mérito.
La medalla de oro que acaba de
conferírsele, es el justo símbolo de
la admiración de los ecuatorianos
hacia el historiador.

Para fijarnos también la aten-
ción en aquella otra obra monu-
mental, cuya aparición fue un ver-
dadero acontecimiento en el mun-
do de las letras. Nos referimos á
la obra póstuma del ilustre escri-
tor ambatoño, D. Juan Montalvo,
otra que, según el decir de mu-
chos literatos de gran talla, es
una *ma av!*, una verdadera joya.

Pero ya se ve: mientras esos li-
teratos insignes que gozan de fa-
ma universal habrían conlido de
medallas al noble cosmopolita, por
su grandiosa imitación de una
obra inimitable, aquí, en el lu-
gar de su nacimiento, en su pro-
pia patria, en donde seguramente
no existe un escritor que pueda
prejuzgar á Montalvo, se le con-
fiere un premio secundario, una
modesta medalla de plata, sim-
plemente de plata.

Dado un gran concurso literario
de los últimos ocho años, una gran
cita á lo más notable de las letras
españolas, para discernir premios á
los escritores y empadronarles en el
libro de la inmortalidad, según su
categoría; D. Juan, con su obra pós-
tuma habría salido airoso, porque
el Jurado, compuesto seguramente
de los más hábiles y eruditos es-
critores, entre ellos Juan Valera
y Núñez de Arce, le habrían de
conceder una medalla de oro y
platería. Entonces, si varias obras
hubiesen resultado de igual mérito,
una respectivo de otras, qué
habría hecho el Consejo de jueces,
verdaderamente sabio, que iba á
fallar sobre la gloria de un hom-
bre? Acaso no sabía que el fi-
lósofo y el poeta, el pintor y el
místico y el hábil estatuero y

cuantos más persiguen con ablu-
co el hermoso ideal del perfeccio-
namiento, sólo van tras él por al-
canzar más fama! No es ésta la
recompensa única que en la tumba,
y después de las amargas
sufridas pacientemente en la jor-
nada de la vida, suelen encontrar
los genios?

Ese Consejo, no habría proce-
dido como la Academia Ecuato-
riana; no habría postergado una
gloria universal, á una gloria ad-
mirada en los estrechos territorios
de la patria, gloria que si tal vez
la conocen en todo un continente,
concediéndala apenas el apreciable
mérito de utilidad, mas no el de
la primacía en eso del bien decir
y construir la frase galana y casti-
zamente; no habría encombrado
al hombre que vive, y deprimido
al muerto; ó, de lo contrario, pa-
ra no ser injusto, habría premiado
la obra de éste, la de aquel y la de
aquellos otros que tengan igual
mérito, declarándolas á todas con
derecho á la primera medalla.

Y en tratándose de D. Juan
Montalvo, quién sabe si ante aquel
tribunal hubiese tenido competido-
res! Don Gaspar Núñez de
Arce hubiérase puesto en pie pa-
ra decir: la obra del americano
imitador de Cervantes, es una
gran obra; esos Capítulos, olvidados
por el autor del Quijote y en-
contrados después de siglos por
un *semibárbaro*, "merecen pues
preferente y conspicuo en la li-
teratura española de ambos mun-
dos." Yo le doy el primer premio.

Juan Varela, habría añadido:
"Ese libro es la obra de un hom-
bre de gran talento, del más
atildado prosista que en estos úl-
timos tiempos ha escrito en len-
gua castellana, y de un hombre,
por último, de imaginación briosa
y rica." Yo le doy el primer pre-
mio.

Aquel otro crítico autorizado, á
quien menciona el autor de "Mi-
lio" y "La Pesca", habría dicho:
"El ensayo de imitación de una
obra inimitable, es un libro escri-
to en la prosa castellana más ele-

gante, noble, pura y numerosa
que se ha compuesto en el siglo
XIX". Yo le doy el primer pre-
mio. Y de este modo habría sido
el preferido nuestro compatriota,
filósofo á más de literato, y gran
moralista y poeta; pero poeta de
espíritu, verdadero poeta que no
necesitaba de atormentar su pen-
samiento con las cadenas del ritmo,
para hacer que jueguen las musas,
sonrrientes y bellas, en los hermo-
sos cuartos que trazaba su vigoroso
pluma.

Ya está calificado en el Ecu-
ador tan reconocido prosista: su
obra monumental, su obra tanto
tiempo meditada, acaba de obte-
ner un premio de plata; esa obra,
á juicio de nuestra Academia, es
de segunda clase. Y diga U.,
entre nosotros que no tenemos en
el día, entre los que viven—y valga
la verdad—mejores poetas naciona-
les, que D. Remigio Crespo, D.
Miguel Moreno y algún otro; pe-
ro que moristas no vemos uno solo
del que sea conocido al otro lado
del mar.

Indudablemente pasarán mu-
chos años para que el escritor de
los "Siete Tratados", tenga un
compatriota que le juzgue debida-
mente, con el acopio de luces que
para tan ardua empresa se re-
quiere.

Prosistas y poetas hemos tenido
de lo bueno, ciertamente, pero han
desaparecido, se han ocultado ba-
jo la madre tierra, y no pueden
ser jueces de vivos, ni muertos.

Aquí conviene hacer una aclaración,
antes de concluir.

Lejos está de nosotros dar por
un hecho la maliciosa sospecha que
corre entre el vulgo, acerca del
fallo académico de que nos ocu-
pamos: ha de suponerse por nada,
que el espíritu de partido lo haya
diciendo? Hemos de creer que el
juicio de la Academia está suges-
tionado por el egoísmo ó por una
especie de antagonismo de prin-
cipios, porque esta sociedad se
compone de dos religiosos y tres
ó cuatro miembros del partido
conservador, que mira en D.

Juan Montalvo al maestro del liberalismo patrio? Aceptar semejantes suposiciones sería un exceso de temeridad y malicia, y nosotros no queremos pecar de maliciosos ni temerarios; por el contrario, séanos permitido creer que cada miembro de aquel distinguido cuerpo literario, es hombre de conciencia recta y buena voluntad.

De este modo, y no atreviéndonos a formular cargo alguno contra la Academia, respetamos su parecer y ponemos punto á esta ligera disertación, escrita á vuelo de pluma, como que está destinada á ver la luz pública en las columnas de un periódico, á manera de gaceta ó de modesta crónica.

Con todo, estamos ciertos de haber cumplido con un deber sagrado, ya que nuestras observaciones,—ellas fuesen legales y justas, ó fuesen erróneas,—se han inspirado en la más honrada buena fe: "Dame del atrevido; dame lector, del sandio; del mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco."

Ahora oigámonos dos opiniones muy autorizadas:

JUAN MONTALVO

Y SU OBRA

"Capítulos que se le olvidaron á Cervantes"

Las prensas de Besancon han publicado hace poco un libro curiosísimo, impreso con peculiar cámara, bajo los auspicios de los amigos y admiradores de su ilustre autor, prematuramente malogrado para las letras. Titúlase *Capítulos que se olvidaron á Cervantes*.—*Ensayos de imitación de un libro inimitable*, es obra póstuma de Juan Montalvo, uno de los entendimientos más originales y peregrinos que ha producido en nuestros tiempos el continente americano.

Conoció á este escritor exímio en un rápido viaje que hizo á Madrid, y desde entonces, á pesar de los años transcurridos, no se ha borrado de mi memoria la impresión que en mí produjo. Era un hombre todavía joven, alto y enjuto, de cabello negro y crespo, de frente despejada, cuya aseriedad turbaban de vez en cuando ligeras contracciones, quién sabe si á impulsos de algún recuerdo penoso y sombrío! Tenía la coloración mate, tan frecuente en los hijos de los trópicos; la palabra lenta, y monótona; la boca desdeñosa, nada propensa á la risa, y los ojos brillantes, aunque de mirada vaga é incierta, como si anduviera buscando el camino, aun ignorado, por donde penetrar, siquiera fuese á la fuerza, en las honduras de lo infinito. Sin embargo, bajo aquella apariencia fría y melancólica, ocultábase quizás un ser humano atormentado por pasiones ardientes, de voluntad firme y concentrada, receloso, inquieto, enamorado tal vez de un ideal imposible, porque no debía existir sino en los auleros de su alma.

En una de nuestras entrevistas tuvo Montalvo la bondad de regalarme su obra más importante, contenida, bajo el título de *Los siete Tratados*, en dos tomos bastante voluminosos. No hay para qué decir, sabiendo el efecto que me había causado la persona de su autor, si le sería vivamente intere-

sado el libro con que me agasajó su cortésia.

Iba, por fin, no sólo á conocer al escritor, sino al hombre, y confieso que sentí no poca satisfacción interior, cuando confirmé, al acabar la lectura, el juicio que de él había formado.

En aquel cuerpo de erudito, apacible y al parecer indolente, encerrábase, según yo lo había creído, un espíritu audaz, impulsivo, como ahora se dice, hasta la violencia, preparada por su cultura para la lucha intelectual y, por la energía de su carácter, para las batallas de la vida. Era á la vez, un hombre de pensamiento y de acción, aptitudes que no suelen reunirse á menudo en un mismo individuo. El ha tratado de mano maestra su retrato moral en unas cuantas líneas de los *Comentarios* que termina su obra.

Acomodado—exclama—por una muchedumbre insana de amigos y enemigos, tuve cólera é hice andar el palo de manera que no me quedó útere con cabeza. [No fue caso de invención el haber salido yo, muchacho aun, con una pluma en la mano que hería como lanza en los malvados opresores y en los serviles oprimidos! "El trunco cayó patas arriba; con el revolver y la pluma he puesto en calzas prietas á los que me han embestado de diferentes modos."

Esta confesión tan categórica que según noticias posteriormente adquiridas por mí de sus propios contrerredos no era baladrónada, dióspó todas mis dudas: era el hombre que yo había pensado. No cabe en la indolencia de mi estudio, ni en los respetos de mi conciencia, la apreciación, sin datos precisos, del sueno ó malo, que pudo hacer de las grandes, si bien peligrosas facultades con que le dotó la naturaleza. Ceso, pues, de hablar del hombre y paso á examinar, si quiera sea someramente [porque otra cosa no permiten los reducidos términos de una correspondencia] los méritos del ilustre escritor americano.

Revisé en el estilo de Montalvo la impetuosa y desordenada movilidad de su entendimiento. Es generalmente castizo, pero desigual.

Las ideas surgen de su cerebro, por decirlo así, á borbotones, á la manera con que se escapa un líquido de la vasija en que hierve, y se extienden por el papel empújandose unas á otras como gentes amotinadas, ansiosas de pelea.

En tales momentos todo varía bajo la pluma de Montalvo, el fondo, el tono, hasta el lenguaje—lo cual constituye, á mi ver, su mayor fuerza sustantiva—y cambia con la rapidez vertiginosa con que mudan de forma y de color los objetos ocultos en la sombra, cuando de pronto caen sobre ellos, los rayos indecisos de alguna luz blandamente agitada por el viento.

El encanto que despertan las obras de Montalvo en el ánimo de una lectora á quienes lleva no sin sobresalto, y de sorpresa en sorpresa, por veredas y trochas poco frecuentadas, ¡no nacará precisamente de la habilidad con que sabe mezclar y fundir, á veces en un mismo período, los pensamientos más incongruentes, las imágenes más incoherentes, los hechos, las citas, y los nombres más heterogéneos, y los tiempos más relacionados entre sí para llegar, por medio de estas reveladas síntesis, á conclusiones tan atrevidas como inesperadas! Me inclino á creer que si, aun cuando me amanecese con su desprecio los egidos preceptistas de la escuela antigua.

Como derivación forzosa de esta

idiosincrasia mental de Montalvo, su estilo, según dije antes, es desigual y tumultuoso. Detrás de un párrafo amplio, limpio y luminoso, como el corriente de un río, cuya mansa superficie brillantaban los rayos del sol, viene otro cubierto de maña retorcida y dilacionado por un hiperbato artificioso. A un período que, por su elocuencia persuasiva, envolverían las críticas de nuestro siglo de oro, siempre clara y sencilla, sucede de repente en los libros de Montalvo, otro período trabajado con visible esfuerzo, apenas inteligible, y en ocasiones tan indecifrabable y oscuro como los signos que alguna tribu prehistórica ha dejado grabado en las paredes de sus cavernas. Pero esto mismo, que en otro autor de menos fuste sería insoportable, redunda en provecho de Montalvo no sólo por ser el quien es, sino porque la humanidad se siente atraída con imperio irresistible por la oscuridad del pensamiento. [No ha repartido Dios por mitad del mundo entre la luz y las tinieblas?

Al como el hombre puebla la noche lóbrega con las creaciones de su miedo y de su fe, estrae también de los libros, cuyo sentido no alcanza á penetrar, la sustancia de sus propias ideas, todavía en estado embrionario, y en lo que él confusamente piensa. La oscuridad es el misterio, es lo desconocido, y lo desconocido, es el misterio son la esencia del infinito que guarda el secreto de este terrible *magis allá* de la vida, hacia el cual tiende sin cesar el espíritu sus alas fatigadas, pero nunca quietas—

El tiempo apremia, las cuartillas en que vierto mis impresiones aumentan con exceso, y aun no he expuesto la opinión que merece la obra póstuma de Montalvo, cuya crítica debe haber sido el tema principal de esta mi primera carta. Bien quisiera examinar la obra del escritor á quien ligeramente juzgo, desde el punto de vista moral; pero tarea tan difícil requiere más espacio del que dispongo.

No abandono, sin embargo, el propósito de volver sobre este interesante asunto, que solicita mi deseo y que me dará ocasión para formular mi juicio sobre los moralistas contemporáneos, esos directores espirituales de nuestro siglo, tan abrumado de sombras, dadas, inquietudes y negociaciones. Vale la pena de estudiar esta triste manifestación del pensamiento humano, que anda á tientas buscando, llena de ansiedad creciente, algo con qué sustituir en la mecánica social los ideales que se han malogrado, las creencias que se han desvaqueado y los dioses que se han muerto. Qué les queda! ¿Dónde está su fe! ¿Dónde su resignación! ¿Dónde su asprantes! Todo lo han perdido. Déjense que asistan en plena vida á la espantosa bancarrota de sus almas.

Pero volvamos, sin digresiones, á la imitación de *Don Quijote* hecha por Montalvo, ó sea á los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Preciso á esta obra á guisa de prólogo, el trabajo con que cerró el gran escritor americano la serie de sus *Siete Tratados*, y es, á mi entender, por la abundancia de doctrina, por los diversos y trascendentales puntos que toca, por la independencia de su crítica, por su variedad y no ostentosa erudición y por el entusiasmo, rayano en idolatría, que Miguel Cervantes la inspira, no sólo una de las mejores producciones del autor, sino el estudio más original, brillante y concienzudo que se ha publicado en nuestros días y en idioma castellano, sobre el glorioso

manco de Lepanto y su novela inimitable. Titúlase el *Buscapé*, y en él juzga á Cervantes bajo todos sus aspectos con fina perspicacia; puntea con mirada firme si bien respetuosa, en la vida, en los propósitos, hasta en las intenciones de su autor favorito, y arrebatado por la admiración, la mide y compara con las grandes figuras épicas que al través de los siglos, alumbran con los resplandores de su genio el camino sin fin por donde la humanidad avanza, cayendo y levantándose. Pero es difícil que las inteligencias superiores marchen á gusto por los cauces que ellas mismas previamente se trazan. Son rebeldes á todo freno, incluso el suyo propio, y no sin alto sentido, la mitología representa la inspiración, simboliza en el Pegaso, bajo la forma de un caballo alado que va saltando de cumbre en cumbre y de abismo en abismo.

Montalvo con el pretexto de apreciar las excelencias del *Quijote*, deja volar su fantasía por donde quiere, y aunque teniendo la vista fija en su héroe, plantea y discute en su prólogo con amplia libertad de juicio, los problemas más ardidos que en todos los órdenes de la vida han agitado y siguen agitando el espíritu de los hombres. No estoy de acuerdo con muchas de las ideas que Montalvo sostiene; pero no vacilo en afirmar con íntimo conocimiento, que *El Buscapé*, digno prólogo del momento literario en donde por segunda vez aparece, es una obra maestra de intención atrevida y honda.

En cuanto á la imitación del *Quijote*, diré en pocas palabras y para terminar, que ni por la concepción ni por la fuerza satírica, responde al fin que Montalvo, sin duda se había propuesto. Es evidente que la imposibilidad de salir airoso en su empeño, y fue temerario é asombroso. Mas sí logró llegar en su ensayo á las perfecciones que avaloran la maravillosa creación de Cervantes porque no hay ingenio que alcance, según Montalvo humildemente declara, á *imitar lo inimitable*; sería, sin embargo, injuria merecida la de negar á la obra que nos ha dejado, presio preferente y conspicio en la literatura española de ambos hemisferios.

Es, como expresa un crítico autorizado, con cuya opinión estoy conforme, un libro escrito en la prosa castellana más elegante, noble, pura y numerosa que se ha compuesto en el siglo XIX.

GASPAR KÜNZER DE ARCE

LA OBRA POSTUMA

DE JUAN MONTALVO

Quiso este Juan Montalvo—dirán no pocos de los que oyaron á Irmén—Pace bien, los contestaré: Juan Montalvo fue natural de una de las Repúblicas en que en América del Sur nacieron de nuestras colonias. El mismo se llama semblarbo, y es de los más cultos e ilustrados escritores que ha habido en nuestros días.

No digo yo que nos esté bien adular á los hispano-americanos, exponiendo que sus postas y sus prositas valen más de lo que valen. Pero será mejor mostrarnos con ellos severos críticos, empuñando la férula, esgrimiendo la disciplina ó la palma y censurando y castigando duramente! Hay cierta crítica menuda que hace mucha gracia al público cavidioso, que es muy fácil de ejercer, y por cuya virtud, ó mejor diré, por cuyo vicio, puede probarse, al menos en apariencia, que Garcilaso y Fray Luis de León fue-

ron unos plagiarios y además unos ignorantes, que no sabían *spidria*, ni *procedia*, ni *uada*, y que tenían *ovaja* de *asno*, como el rey *Mida*. En una palabra con el método analítico que hoy se emplea, con cuatro cascadas y con un poquito de mala fe, nada más llano que demostrar que el propio Homero era un mentecato.

Por otra parte, yo no comprendo qué ventaja pueda traer una censura muy feroz de los autores, aunque sean malos. En ningún autor, menos de *Ciprofandis*, se ofende menos á Dios y al prójimo y se causan menos daños á la república que escribiendo versos flojos y llenos de ripios ó prosa desmezclada y tonta. Con las producciones materiales del espíritu suele ocurrir lo contrario: que con las producciones materiales. La vicuña puede abagar el trigo y no habrá buena cosecha si el haza no se escazarda y no se limpia de mala hierba con el almofaque, mientras que, por el contrario, casi es indispensable que el espíritu humano produzca millares de cosas pequeñas y defectuosas, para que brote de entre ellas una que sea hermosísima y grande, prestidigitada por su valer á vida inmortal y gloriosa. Un mal médico mata á sus enfermos, un mal arquitecto talvez construya edificios que se hunden con estrago espantoso, un mal zapatero se estropea los pies, un mal sastre nos afea con sus trajes ridículos, un mal cocinero nos envenena ó nos mata de hambre, un mal político causa la miseria y el descrédito de su nación, y un mal general expone sin plan y sin objeto la vida de sus soldados aun llega á causar el empobrecimiento, el odio y la ruina del Estado á quien sirve. Pero un buen señor, si tiene la manía de componer malos versos ó de escribir en prosa cualquier tontería, ¿me quieren ustedes decir qué daño hace á nadie? Con no leer lo que ha escrito, él y nosotros quedamos despañados y en paz. No hay razón para censurar á los escritores hispano-americanos sin justo motivo, pero menos hay razón para denigrarlos. El Juan Montalvo, que me sugiere

estas reflexiones, lo dice: los hispano-americanos son para los españoles carne de su carne y hueso de sus huesos. Todo cuanto contra ellos digamos, hasta cierto punto, nos cae encima.

Harto estoy ya de *é* decir que el porvenir del mundo es de la raza anglosajona, la cual es América da clara muestra de que entiende de todo, de que vale para todo y de que sabe gobernarse, mientras que la raza española, hebrea, latina ó como nos convenza la *maría*, ofrece y da muy triste espectáculo, y por lo tanto al Nuevo Mundo, y claro está también que por el antiguo, lastimoso testimonio de su incapacidad y desgobierno. Sube el yankee á la cima de la montaña y el hispano-americano se queda al pie, rezagado y en situación miserable; pero no se cuenta, al decir esto, con un pocos factores, empezando por la fortuna que no puede negarse que existe, entendiéndose por fortuna, la serie y el cubo de los casos, dispuestas y ordenadas por ley providencial ó fatal, que ya se astraen á la previsión humana, ó ya, aunque no se sujeten, ni la más firme voluntad de los hombres, ni su más profundo saber, ni su más poderosa inteligencia desfilan del camino que siguen, así como no evita el eclipse el astrónomo que le pronostica. Valga, además, en defensa de nuestra raza, otra razón que nadie tildará de metafísica ni de alambicada. El yankee ha saltado á la altura, porque sin asomo de piedad, y para ir más ligero, ha dejado tras de sí todo lo que le estorbaba, mientras que el hispano-americano sabe con dificultad, porque ya cargado con el indio, el quien considerara como á su hermano y como á su igual, atenido con el sangre, vida y destino. La empresa, pues, del hispano-americano es más ardua; ha de tardar mucho más tiempo en llevarse á cabo; pero no es imposible que se logre. Y si algún día se lograse, ¿cómo negar que sería también mil veces más humana, más generosa y más digna de alabanza? Volvamos á Juan Montalvo y evitemos las digresiones. Juan

Poco sé de la vida de este escritor. Escuatoriano de nacimiento, murió en París, creo que muy joven aún. Ignoro si era de pura sangre española ó si habría mezclada por sus venas la sangre del español con la del indio. Su saber era variado, hondo y extenso; su imaginación original y agudísima; su modo de sentir, universal ó cosmopolita; su espíritu se había alimentado con delicias y había digerido y convertido en substancia propia la flor del pensamiento de los antiguos griegos y latinos y de los modernos ingleses, franceses y españoles. Salvo, con todo, se juzgará, fundadamente, de ser más español que él por el espíritu y por su primera manifestación sensible, la palabra.

Tal vez sea, en nuestra época, un colombiano, Rafael Cerreo, quien sabe teoría y gramaticalmente más lengua española. Pero, sin duda, quien la maneja con más castiza abundancia de vocablos, frases y giros, y quien la escribe con más primor y limpidez, como quien borda rico deuchal, es, á mi ver, este para nosotros extranjero y acaso semi-indio.

Su adoración, su entusiasmo por la lengua y la literatura de Castilla, ocurrente parejas con el conocimiento que de ellas tiene, cuya extensión no recuerdo, pero cuya intensidad es incomparable. Nadie con más fervor ni con más tino que Montalvo elogia, en mi sentir, la lengua castellana y las obras maestras que en esta lengua se han escrito.

Montalvo tiene, como todos los americanos, latinos y no latinos, una calidad buena, al fin por un exageración pesada veces de obrado *cañadilla* y aun llega á prestarse á la burla; la manía de imitar á los europeos, superándolos y eclipsándolos. Cuando esta cualidad va acompañada, como en Montalvo, de grandísimo respeto hacia los bien entendidos y mejor sentidos modelos, la cualidad es simpática y llega á producir obras de mérito. Lejos de poner solución de continuidad, conserva nada la civilización europea con la transplantada al Nuevo Mundo; y cuando en el Nuevo Mun-

do se cría, sin dejar de ser propio de su suelo, parece como migrón robado ó como otón que se natre aún de la savia que viene de Europa, aunque en tierra virgen y más fértil reverdece con mayor lozanía, estienda más sus ramas y haga brotar en ellas más flores y más frutos.

En las obras principales y mejores de Montalvo se advierte la mencionada cualidad. Ensamorado del modelo, le imita y anhela superarlo, pero respetándole y amándolo siempre.

Ad, en *Los Siete Tratados* no habrá quien no note la imitación de Miguel de Montaigne y el amor que á Montalvo inspira y así en *El Espectador*, se advierte que Montalvo, prendado de Addison, propende á imitarle hasta en el nombre ó título de su obra. Pero en Montalvo había tanto ser propio y un sentir y un pensar tan profundamente arraigados en el alma, que todo ello sale con ímpetu y se pone en la imitación de tal suerte, que la imitación es muy distinta de lo imitado, ya que lo informa otro espíritu nuevo y muy distinto. De este modo, sin que yo pretenda señalar las producciones al comparárlas, fray Luis de León imita á Horacio en *La vida del campo* y compone una oda que Horacio ni siquiera entendería, si sabiendo bien el español recitase.

Todo el anterior preámbulo y más aún necesidad y empería yo, si no fuese monstruosidad convertir en preámbulo todo este artículo, que por fuerza ha de ser muy breve, para preparar á mis lectores y para limpiar que se asusten, cuando, permitásemos el vulgar de la frase, llegue el trueno gordo; la revelación del título y del asunto de la obra póstuma de Juan Montalvo: la aclaración de las palabras que me sirven de epígrafe.

Juan Montalvo encubra su obra póstuma con una obscurísima introducción. Nada mejor pensado, ni mejor escrito, ni más entusiasta á par que juicioso, ni más resultado de sentencias metafísicas, estéticas y morales, puede, en mi sentir, escribirse en elogio del

solicito en casamiento la mano de tu hija Berta.
— Señor, ...
— Es la única manera de que yo acepte la fortuna que me ofrece.
— Pertenece á usted legítimamente.
— Pero tú me lo has guardo, y yo no puedo admitirla sin que ...

VI

Algunos días después se verificaba la boda de Juan Vargas y Berta.
Excuso decir que el recién casado, no ha vuelto ha cometer más locuras.



EL HOMBRE PEZ Y PAJARO

DISERTACION CIENTIFICA EN FORMA DE CUENTO

FOR

J. ORTEGA MUNILLA

I

En el año de 1875 efectuaaba yo un viaje al Cabo de Buena Esperanza á bordo de un buque de vela.

Después de unos días de feliz navegación, nos asaltó una de las tempestades que son tan frecuentes en los mares australes. Los pasajeros con una escrutadora mirada dirigimos nuestra vista á los marineros, para averiguar por las suyas las probabilidades que había de salvación, pero desgraciadamente descubrimos en ellos algo extraordinario que no era para tranquilizarnos y poco después tuvimos ya por segura nuestra perdición.

Como el hombre lucha por la vida hasta el

príncipe de nuestros ingenios, Mirón de Cervantes Saavedra, á quien estos Montalvo entre los mayores que ha habido en el mundo, y á cuyo *Quiéran* sólo poseo por cima la *Biblia* y la *Alfama*. Y ahora llega por fin el *Tercero* escrito. El título de la obra platónica es el siguiente: *Capítulos que se le oclidieron á Cervantes. Ejemplo de imitación de un libro insubstancial*.

Y en efecto, Juan Montalvo escribe y sus herederos ó sus admiradores y patrones dan á la estampa, en Barcelona, en 1885, aunque el libro no ha llegado hasta ahora á nuestras manos, nada menos que sesenta capítulos añadidos al *Quiéran*. Acaso el autor, en vida, no se hubiera atrevido á publicarlos. Acaso no pretendió nunca rivalizar con Cervantes. Acaso el extremo de su amor y de su admiración le hizo incurrir en esta á modo de locura. Nada menos parecido á Cervantes que á Juan Montalvo; nada todo espontaneidad, sencillez y alta inspiración, á menudo casi incoherente; otro, todo reflexión, artificio y doctrina. El libro de Montalvo, no obstante, es la obra de un hombre de gran talento, del más ágil estudio prosista que en estos últimos tiempos ha escrito en lengua castellana, y de un hombre, por último, de imaginación brava y rica. Su libro merece ser examinado y juzgado, pero no cabe en este artículo ni el examen ni el fallo. Quédenos, pues, para otro día, si alguien muestra curiosidad por conocerlos.

JUAN VALERA.

Algo de todo

Por un telegrama de Guayaquil dirigido al Gobierno, se sabe que en la iglesia de San José que está bajo la vigilancia de los PP. Jesuitas, y que fue una de las víctimas del último incendio, (lo que

equivale á decir que aquella infeliz iglesia ha sido dos veces víctima) se han encontrado 50 rifles.

Esto comprueba de un modo palpable que dichos religiosos están protegiendo á los conspiradores, y que tratan de dar un golpe al rato que menos la pensemos. Los periódicos extranjeros denunciaron, no há muchos días, que ciertos jesuitas, conferenciantes con los diversos centros de revolucionarios emigrados en las repúblicas del Sur, y que han veces de agentes viajeros. Aquí, en Quito, se sorprendió, hace poco, un hombre abito de la casa del Colegio de San Gabriel y que iba á los depósitos del parque de la Artillería Bolívar. Este hecho oscurecido, que merecía una investigación prolija, parece que en cierto modo ha pasado desapercibido; y no sabemos por qué motivos. La benignidad de las Autoridades puede ser la causa del silencio de que se ha rodeado, y con que se ha encubierto tan punible infracción. Después de haberse encontrado armamento en la incendiada Iglesia de San José, armamento que nadie pudo jamás ocultar en aquel sitio sagrado, sin denuncia de los RR. PP., parecemos que no hay lugar á duda acerca de la complicidad de éstos en los planes revolucionarios que hoy arragan á la República; de consiguiente, juzgándolos como á extranjeros perniciosos, la Autoridad Civil debe proceder

como convenga.

Se conoce que los jesuitas tratan de adquirir en todo el mundo su dominio, que va de capa caída. Pero quieren reconquistarlo por medios entranamente anarquistas.

En España, en la católica España, se han efectuado últimamente grandes *meetings* en contra de los jesuitas por motivos conocidos; en varias naciones Sud-americanas se ha pedido la expulsión de aquella orden, acusándola de mayores ó menores faltas cometidas en los lugares de su residencia; en Francia, durante el drama del inocente y desventurado Dreyfus, los jesuitas jugaron un papel repugnante; aquí, ya los vemos fraguando la guerra y lanzándose á medidas de hecho, como si las de acumular armamento, invadir los almacenes del parque nacional, abriendo horámenes tarde de la noche; repartiéndose en peregrinación por las naciones vecinas, para ser vir dd postas y correos á los cabecillas de la revolución. Estos y otros muchos cargos que pesan sobre los *beneméritos* hijos de Loyola, podrán ser desmentidos? Esto no; pero si es seguro que elevarán perdón y olvido de parte del Gobierno.

Otra vez ha sido víctima de las llamas la noble ciudad de Guayaquil. La única parte de población que pudo salvar de la catástrofe de 1895, ha sido invadida por el fuego el día 27 de los corrientes: el teatro en

dónde se ha originado el incendio, el Colegio Nacional, la casa de la familia Noboa, la Iglesia de San José han sido completamente destruidos.

Según se asegura en un telegrama dirigido al Sr. General Alfaro, suscrito por *Corresponsal*, telegrama del cual tiene ya conocimiento el público por haberlo insertado "El Progreso", el fuego comenzó á las 4 y cuarto de la madrugada y á las 7 lograla extinguirse, debido al heroísmo del Cuerpo contra incendios.

La Aduana ha perdido su archivo, pero quizá los perjuicios que tal desaparición pueden ocasionar al Fisco no sean tan graves como era de esperarse; pues el Ministerio de Hacienda ha solicitado y obtenido del Tribunal de Cuentas los cuadros de liquidaciones por cobrar enviadas, por el *Colector* de la Aduana, hasta la primera quincena del mes en curso.

Toda la mercadería que estaba almacenada al lado del Teatro ha corrido igual suerte que el archivo. Estas constantes pérdidas ocasionadas por el terrible flejejo que á diario, si se quiere, sopota la mis labariosa y rica de nuestras ciudades significa nada menos que la desaparición de cuantiosas fortunas, la desmembración de capitales activos y, las más veces, la ruina de opulentas familias.

Deploramos la desgracia acaecida en Guayaquil, considerándola como propia para todos los ecuatorianos.

Se van á escribir las escrituras siguientes:

María Rafaela Cárdenas vendió á Pedro García y su esposa Encarnación Cárdenas, un terreno en Sangolquí, en 40 acres ochenta centavos.

Justo Bolaños vendió al Sr. Dr. Guillén, el terreno denominado "Jugu", en Guápulo, en 128 acres al costado.

último extremo, procuramos echar mano á los medios de salvación, pocos por cierto, que pudiera haber, y mientras unos se dirigen á los botes, yo, por mi parte, me coloqué un salvavidas que me habían regalado, y ya me disponía á arrojarlo á un bote que acababan de echar al agua, cuando un fuerte golpe de mar me lanzó del buque.

Las escenas que siguieron fueron aterradoras, y aún ahora, al recordarlas, me estremecen de horror. Vi al buque, lejos de mí, ser juguete de las olas y poco después ser sumergido por ellas.

II

¿Qué iba á ser de mí? ¿A dónde estaba? ¿Pararía cerca de mí algún buque que me pudiera recoger.

¡Ay! con qué ansia esperaba el nuevo día, que para mí quizá sería el último.

Apenas amaneció, mi primer cuidado fue mirar á todos los puntos de horizonte para ver si divisaba alguna costa; pero en vano. Las nubes de la mañana sería cuando observé un punto negro que poco á poco se iba agrandando. La esperanza de que fuera el buque que yo suponía perdido ú otro que pasara por allí, renimó mis abatidas fuerzas y comencé á hacer señales con un pañuelo; pero á medida que por su proximidad se iba agrandando y haciéndose más perceptible, el terror reemplazó á la esperanza. Un enorme cetáceo se dirigía hacia donde yo estaba.

Me creí perdido y hubiera deseado hacerme invisible cuando vi con extraordinaria sorpresa en

el capital y los intereses, esperando que llegara un día en que usted se viera abundando de todos, hasta de sus criados, en que apenas tuviera usted qué comer para decirle: «Vea usted á dónde se muden las leonuras; vea usted el resultado de la disimulación; sírvale á usted esto de lección provechosa: sus acreedores están pagados por mí; ahí tiene usted sus créditos; y gracias á que ha tenido usted un criado ladrón, que ha economizado mientras los demás le seguaban, aún puede usted disponer de una fortuna de tres millones.»

Y Felipe, con la cabeza erguida al terminar estas palabras, alargó á su amo una cartera que encerraba las cuentas pagadas de sus acreedores, y el producto de aquel beneficioso y honrado robo.

—De cualquier modo—prosiguió—no le sucederá á usted lo que á su amigo el Conde del Pino, porque yo, pobre mayordomo que le entrego esa fortuna, he vivido casi con el trabajo de esta pobre niña.

Berta cayó en sus brazos y besó con efusión aquella frente venerable, cubierta por las arrugas de la honradez y del trabajo.

Juan Vargas cayó también de hinojos, exclamando:

—¡Soy un miserable por haber dudado de ti!

—¿Qué hace usted, señor!

—Esta es la única postura que me conviene

en tu presencia.

Felipe se apresuró á levantarlo.

—¡Me perdonas!—le dijo el joven.

—¡No me avergonces!

—Ahora, si me consideras digno de tal honor,